

Universidad Nacional de Misiones

INTRODUCCION

El presente trabajo constituye un apretado resumen de algunas reflexiones teóricas sobre la problemática de la marginalidad derivadas de un trabajo de investigación más amplio que, de manera no del todo sistemática venimos realizando en los últimos cuatro años en la ciudad de Posadas, como parte de un convenio entre la UNaM y la Municipalidad de Posadas.

El convenio estuvo inicialmente encaminado a efectuar un diagnóstico cuali-cuantitativo de la población marginal del Departamento Capital de la provincia de Misiones ¹. Dado el interés concreto de las autoridades municipales por la población de intrusos en terrenos fiscales, el trabajo en esta primera etapa se orientó únicamente hacia esa fracción de pobres urbanos ². Incluso se trabajó desde una óptica ecologista poniendo énfasis en la ocupación y uso del espacio que hacía la población de los asentamientos marginales. Esta definición jurídicista y ecológica del universo de análisis condicionó marcadamente la orientación del trabajo.

A partir del diagnóstico inicial se eligieron dos de los asentamientos marginales más poblados de la ciudad de Posadas, ³ en los que desde comienzos de 1984 se llevan a cabo fundamentalmente tareas de desarrollo comunitario.

Finalmente, a partir de noviembre de 1985, se conformó en el ámbito del Departamento de Antropología Social de la UNaM, un equipo de investigación, al cual pertenezco, que con el aporte financiero del CONICET, lleva adelante un Proyecto de Investigación y Desarrollo orientado hacia la investigación teórica y empírica de la Pobreza Urbana ⁴. El proyecto POBUR opera como adecuado marco de discusión de la problemática de la «marginalidad»; ámbito teórico remanido y por demás confuso, en el que, a pesar de la extensa producción bibliográfica de las últimas décadas, no parece que todo estuviese resuelto.

Si bien a lo largo del trabajo, pocas veces se hace mención de la población concreta, el referente empírico en el que se apoyan estas reflexiones está constituido por la población de algunos asentamientos marginales de la ciudad de Posadas, hecho que confiere un sesgo particular a todo el documento. Vale decir, lo que aquí se afirma está referido a la población marginal específica de esta ciudad de frontera, que si

bien comparte atributos comunes con otras poblaciones urbanas del país, o de América Latina, presenta también rasgos peculiares, que devienen de las propias características de la ciudad y su entorno regional.

Apenas separada de la República del Paraguay por el río Paraná, y a sólo 100 Kms de la frontera con los populosos estados del sur del Brasil, Posadas, capital de la provincia de Misiones, es una ciudad de rango medio que cuenta hoy, con aproximadamente 160.000 habitantes ⁵. Carente casi de industrias manufactureras. Posadas ha funcionado tradicionalmente como centro administrativo, comercial y de servicios para un hinterland regional que abarca el interior de la provincia, los Departamentos del norte de la provincia de Corrientes y las zonas aledañas de la vecina República del Paraguay.

La provincia de Misiones presenta una de las más elevadas densidades de población del país: 20 habitantes por Km² ⁶ siendo asimismo la provincia más rural: 49% de la población habitaba en 1980 en áreas rurales, o en poblaciones menores de 2.000 habitantes ⁷.

La economía misionera, de base agropecuaria, se apoya en unos pocos rubros productivos, (fundamentalmente yerba mate, té, tung y variedades forestales) que se han visto sujetos a crisis periódicas intensificando, sobre todo a partir de la década del 60 el éxodo de la población rural hacia las barridas periféricas de Posadas ⁸. A ello debe agregarse la población migrante paraguaya, tradicional país expulsor de población, y el flujo migratorio proveniente del norte correntino. Este fenómeno explica a la vez, el explosivo poblamiento de la ciudad, que en el período intercensal 1960-80 duplica su población, y el notorio crecimiento de las villas miserias periurbanas.

El presente trabajo tiene por objeto considerar parte de la dilatada bibliografía existente sobre la temática de la marginalidad, atendiendo a: 1. distinguir el concepto de «marginalidad» de otros alternativos con el que suele confundirse, en especial el de «pobreza»; y, 2. delinear someramente la historia de sus usos y definiciones en relación con los abordajes teóricos desde los que se lo considera. Hacia el final del trabajo, en términos de un modelo interpretativo histórico-estructural, que contextualiza la marginalidad en

los modos concretos de inserción de la población en la estructura productiva y que tiene en cuenta las exigencias y la dinámica de la acumulación del capital, se encara el planteamiento de algunas cuestiones específicas: la esfera de la producción y la reproducción de la fuerza de trabajo; las redes de intercambio recíproco y las estrategias adaptativas de subsistencia ⁹

MARGINALIDAD Y POBREZA

En América Latina la marginalidad comenzó a aparecer como un problema teórico y práctico fundamentalmente a partir de la Segunda Guerra Mundial. Desde entonces, a la documentación ya existente ha ido sumándose una extensa producción bibliográfica. Sin embargo, en términos de la «teoría de la comunicación», podría decirse que la temática de la marginalidad se caracteriza por la existencia de ruido, vale decir, esa extensa producción bibliográfica, no ha redundado en una sistemática acumulación de conocimiento; hay abundancia de monografías que describen situaciones puntuales, y un sinnúmero de textos de escaso nivel de abstracción, resultado de la aplicación, en general, de «teorías de alcance medio» (en el sentido que R. Merton da al término). Conceptos más o menos abstractos, extraídos o incorporados a marcos teóricos para los que no fueron pensados aparecen mezclados de manera heteroclita. Es decir, se utilizan indistintamente categorías como las de «pobreza», «pobreza urbana»; «población marginal»; «lumpenproletariat»; «sectores subalternos»; «fracciones pauperizadas de la población»; «cultura de la pobreza»; «asentamientos marginales»; etc. A ello se agrega un todavía más indiscriminado empleo de indicadores sociales: «ingreso per cápita»; NBI; «calidad de vida»; «niveles de nutrición».

Por tanto, a fin de no sumar más elementos a la confusión se hace imprescindible distinguir el campo semántico de la categoría «marginalidad» del correspondiente a otros conceptos, en ocasiones considerados equivalentes, fundamentalmente: «pobreza», o, más acotadamente: «pobreza urbana».

Pobreza es una categoría totalmente descriptiva: *pobre* es aquél que en comparación con otros individuos de su sociedad alcanza, de una serie de rasgos tomados como caracterizadores, los más bajos niveles. Pobreza, al igual que determinados enfoques de marginalidad, connota *carencia de los bienes y servicios mínimos que una sociedad determinada considera como indispensables para todos sus miembros* ¹⁰. Está claro también que se trata de un concepto relativo, que en cada fase histórica la pobreza, corresponderá a realidades diferentes; por tanto deberá también medirse con parámetros diferentes. Así por ejemplo, el campesino medieval europeo era pobre en relación

con otras clases de su sociedad feudal. Hoy, los denominados «pobres urbanos» de los países del Tercer Mundo, lo son en relación con las otras clases de las sociedades capitalistas dependientes en que les toca vivir. Esto, independientemente de que los niveles de consumo de los pobres actuales puedan ser muy superiores a los de sus pares medievales.

Erick Hobsbawm, analiza las diferentes acepciones que el término «pobreza» fue adquiriendo históricamente. Si bien los pobres y la pobreza existían antes de la Revolución Industrial, con ésta, el concepto fue paulatinamente asociándose a la clase obrera. Pobres son por entonces los obreros industriales urbanos hacinados en tugurios. Su condición es ponderada mediante indicadores cuali-cuantitativos, relativos sobre todo a nutrición y salud ¹¹. Hoy sin embargo, la pobreza, del modo en que vulgarmente se la distingue, no involucra a la clase obrera, al menos no como el componente fundamental, sino más bien a otros estratos sociales difusamente descriptos, pero de los que se acepta por lo menos, que presentan difusamente descriptos, que presentan parámetros de consumo y bienestar inferiores a los del sector asalariado industrial: 1. pequeños vendedores por cuenta propia; 2. trabajadores a destajo; 3. personal doméstico; 4. desocupados; 5. prostitutas; 6. mendigos; etc ¹².

Pobreza es una categoría que permite calificar la condición concreta de existencia de determinados grupos sociales, por contraste o comparación con otros grupos de la misma sociedad que no son pobres. Pero por este camino no es posible avanzar demasiado en la búsqueda de los mecanismos que propicia la emergencia de la pobreza y determinan su permanencia. Vale decir, apelando a la categoría pobreza podremos describir las condiciones de existencia de los estratos sociales definidos, indicadores mediante, como pobres. Pero nada podremos decir acerca de las causas de la pobreza, ni de los lazos estructurales que ligan a pobres y ricos de una determinada sociedad ¹³.

Marginalidad, por su parte, constituye una categoría más abstracta que también reconoce una historia propia como concepto y que remite a significados muy diversos de acuerdo con el enfoque teórico desde el que se la define.

La antropóloga chileno-mexicana Larizza A. de Lomnitz distingue inicialmente la categoría «marginalidad», «definida estructuralmente por la ausencia de un rol articulado con el sistema de producción industrial», y la de «Pobreza», «que implica más bien una situación de escasos ingresos», (Lomnitz, 1985, pp. 17). Siguiendo a Richard Adams, Lomnitz agrega una dimensión política a la definición de marginalidad: serán grupos sociales marginados aquellos excluidos de las fuentes de poder, aún cuando el Estado se haga cargo de su supervivencia física. Vale decir, en

los países industriales desarrollados, donde el Estado ha implementado eficientes sistemas de ayuda social, se ha podido superar la pobreza, por lo menos aquella que implica extrema miseria. No obstante, los grupos sostenidos por el Estado, no vinculados a la producción, excluidos de las fuentes de poder, son estructuralmente marginales. En los países latinoamericanos existen asimismo grupos también marginados en el mismo sentido estructural, pero, dado que los Estados de la región no han logrado articular sistemas de asistencia social que garanticen siquiera la supervivencia biológica de estos sectores, a la condición estructural de marginalidad se suma la situación de extrema pobreza. De este modo Lomnitz construye la categoría compuesta: «marginalidad de pobreza», combinación de ambos elementos: marginalidad, (en cuanto mala inserción en la estructura productiva del conjunto social) y pobreza, (en el sentido de bajísimos estándares de vida). (Lomnitz, 1985, pp.19).

«Marginalidad de pobreza» resulta una categoría muy apropiada a los intereses de L. Lomnitz; le permite describir la situación existente en América Latina, distinguiéndola de la de los países desarrollados, donde, si bien existen núcleos irreductibles de marginalidad, no se combinan con condiciones críticas de miseria. No obstante, «marginalidad de pobreza» conlleva una equivocada superposición de niveles teóricos, y aporta aún más confusión al tema. Lomnitz no profundiza demasiado en las causas de la «marginalidad de pobreza» que describe. Le basta con enunciar que la marginalidad responde a condiciones estructurales, existencia de sectores sociales no articulados al sistema de producción industrial y excluidos de las fuentes de poder.

En definitiva, ambos conceptos, o la combinación que de ellos hace L. Lomnitz son poco precisos, en buena medida debido a la carga semántica que han ido adquiriendo con el paso del tiempo. No obstante puede puntualizarse: 1. *pobreza* es un concepto relativo que describe la situación extrema, fijada mediante parámetros de consumo y bienestar, por debajo de la cual se es pobre, pero nada aporta en cuanto a dilucidar las condiciones estructurales, (económicas, sociales, políticas) que determinan el surgimiento y permanencia de la pobreza, y las relaciones existentes entre los pobres y los no-pobres de una sociedad; 2. *marginalidad*, desde sus primeras acepciones, es más que un agregado de bajos estándares de ingresos, nutrición y salud. Constituye un intento de explicación de la situación de pobreza característica de vastos sectores sociales, partiendo de las condiciones de inserción, (o la ausencia de ella) en las estructuras productivas urbano industriales.

MARGINALIDAD, USOS Y DEFINICIONES

Diversos autores, (Solari, 1976; Germani, 1973; Bartolomé, 1982; Kowarick, 1981) reseñan el uso que históricamente ha ido dándose al término marginalidad. Sin detenernos demasiado tiempo en las diferencias que estos autores pudieran mantener entre sí, podríamos, a grandes trazos, resumir esta secuencia del siguiente modo:

Inicialmente el concepto tuvo connotaciones ecologistas, en la medida en que hacía referencia a los conglomerados de viviendas precarias, que fueron surgiendo en las grandes ciudades de América Latina, generalmente por ocupación ilegal de terrenos fiscales o privados y en especial luego de la Segunda Guerra Mundial como consecuencia de un acelerado proceso de urbanización¹⁴. Estos conglomerados, segregados en áreas no incorporadas al sistema de servicios, toman diferentes denominaciones según los países: villas miseria, (Buenos Aires); favelas, (Rio de Janeiro); barriadas, (Lima); cantegriles, jacaes, (México); callampas, (Santiago de Chile); ranchos, (Caracas). Pronto se hizo evidente que también conventillos, corralones y otros tipos de construcciones, habitualmente viejas y muy deterioradas, habitadas asimismo por población de muy escasos recursos, reúnan condiciones suficientes como para incorporarlas bajo la denominación de marginales.

Posteriormente la expresión se hizo extensiva a las condiciones de vida y trabajo de la población asentada en esos nichos ecológicos urbanos. Se percibió entonces, que la marginalidad, implicaba la segregación de los pobladores de las estructuras de empleo en el sector productivo y a la vez, la segregación respecto de los mercados de consumo de bienes y servicios.

Más tarde, sin por ello abandonar su sesgo ecologista, se profundiza la visión de la marginalidad como segregación. La exclusión se hace extensiva no ya a los aspectos residencial o de mercados de trabajo y consumo, sino que también se la percibe como una forma de recorte en el usufructo del conjunto de derechos civiles, políticos, económicos y sociales que sufren estos pobladores y que de hecho les impide toda posibilidad de participar de los beneficios del desarrollo o aprovechar las vías del ascenso social.

En este sentido G. Germani afirma que la marginalidad alcanza aspectos esenciales tales como «...la participación política, la sindical, la participación formal o informal y en general la ausencia o exclusión de la toma de decisiones, ya sea en el nivel de comunidad local, de la situación en el trabajo, o en el orden de instituciones y estructuras más amplias estaduales o nacionales.» (Germani, 1973, p-13).

Esta concepción de la marginalidad, como limitada participación social, ha marcado la línea predominante de la CEPAL (Comisión Económica para América Latina), donde el concepto fue haciéndose paulatinamente extensivo al ámbito rural. Si bien los «cinturones de miseria» de las grandes urbes son una forma por demás impresionante del fenómeno de marginalidad, no deja de ser igualmente importante, aunque si menos visible, la cara rural de la misma moneda. Incluso más, las condiciones de extrema pobreza en el ámbito rural revelan niveles de vida aún más deprimidos que los urbanos, tal como lo muestra para nuestro país, la reciente publicación, «La pobreza en la Argentina», (INDEC, 1984, pp.23) constituyéndose esa situación en uno de los principales motivos del éxodo rural-urbano 15 .

LA VERTIENTE CULTURALISTA EN MARGINALIDAD

La marginalidad también es vista desde la óptica cultural, enfoque de mayor trascendencia en aquellos países donde las características de la marginalidad se asocian espacialmente con distinciones étnico-culturales muy marcadas. Así por ejemplo: la minoría negra o portorriqueña en los EEUU han sido estudiadas mediante este enfoque. Es de destacar la estrecha vinculación entre esta concepción de la marginalidad y la llamada «Teoría de la cultura de la pobreza», del antropólogo Oscar Lewis. En esencia el planteo de Lewis, (1970) propone que los pobres, marginados en todas las sociedades contemporáneas, comparten, más allá de diferencias interculturales específicas, patrones de comportamiento social y cultural semejantes, esto es: sentimientos fatalistas sobre su vida, orientación económica hacia el consumo inmediato, laxas relaciones matrimoniales, ninguna organización barrial o comunitaria, total ausencia de participación política o gremial, escasa afectividad en el trato con los hijos, una marcada tendencia anómica en sus relaciones, etc. Estas pautas, se estructuran en una matriz cognitivo-valorativa que condena a los pobladores a la pasividad impidiendo que se sumen al cambio o aspiren al progreso; y lo que es más grave aún, estos patrones de conducta se perpetúan de generación en generación a modo de círculo vicioso que congela las posibilidades de revertir la situación de extrema miseria. Vale decir: en un enfoque como el de Lewis, independientemente de sus propios deseos, la causa de la pobreza radica enteramente en los propios pobres, y poco puede hacerse para ayudarlos ya que la rígida matriz cultural en que se socializan difícilmente pueda ser alterada.

La vertiente culturalista de la marginalidad se apoya en última instancia en la noción de superposición cultural, vale decir, la vieja idea de la coexisten-

cia de dos configuraciones culturales: una tradicional y la otra moderna, la primera marginal, periférica, subordinada; la segunda, integrada, central, supraordinada.

Solari (1976) señala que este modo de concebir la marginalidad adquiere un fuerte predominio entre los investigadores del Centro para el Desarrollo de América Latina, (DESAL) dirigido por Roger Veke-mans, quienes caracterizan la población marginal por: a. su falta de *participación pasiva*, esto es, se trata de poblaciones no receptoras de los bienes constitutivos de la sociedad global; b. su falta de *participación activa* o lo que es lo mismo, no aportan a la solución de los problemas sociales, ni siquiera en el caso en que dichos problemas los afecten directamente, únicamente funcionan como clientela política, como masa movilizable en función de objetivos inmediatos dictados desde afuera; c. *carecen de formas de organización interna*, funcionan totalmente atomizados y en caso de plantear pautas organizativas, éstas sólo tienen vigencia coyuntural, disolviéndose una vez superado el momento crítico.

El enfoque de los investigadores de DESAL, al definir lo marginal por las carencias, por el grado de desviación respecto del conjunto urbano industrial integrado, persiste en la falacia de los dos sectores resultantes de procesos autónomos, regulados según leyes diversas, para los que únicamente cabe plantear la integración a ultranza a través de la modernización del sector retrazado. Se trata de una postura dualista que a partir de premisas ideológicas sólo estudia la problemática de la marginalidad en la marginalidad misma escamoteando del análisis las variables macroestructurales que posibilitan verdaderamente plantear las relaciones económicas, sociales, políticas, jurídicas e ideológicas que determinan y condicionan el funcionamiento de estos sectores sociales dentro del todo social global. «Lo que resulta común a todos estos enfoques es el tratamiento del problema de la marginalidad como una unidad cerrada de análisis, manteniendo la estructura social global como un dato de referencia y no como una variable en relación a la cual se define la marginalidad» 16 .

El modelo de la falta de participación del grupo DESAL, lleva naturalmente a orientar las acciones hacia la integración, la autogestión, las comunidades operativas; vale decir, los cambios a microescala. Si bien estas tareas son positivas y necesarias, su alcance es muy limitado. El modelo no tiene en cuenta que la propuesta de integración no consigue evitar el afloramiento de numerosas contradicciones propias del proceso de acumulación capitalista que, en ocasiones, requiere de la permanencia de la población marginal como condición de existencia. La unidad de análisis relevante es el individuo anónimo, socializado en la marginali-

dad guiado por patrones de conducta, definidos por Talcott Parsons como: particularistas, difusos, atributivos¹⁷. El núcleo de la cuestión radica en conseguir que la población marginalizada adopte patrones de conducta propios de la sociedad industrial moderna: universalistas, específicos, que prioricen el desempeño de los actores sociales.

Desde esta mira el problema del «cambio social» se traduce como el problema de la «modernización», donde la única meta posible de alcanzar es el modelo de la sociedad desarrollada. Se privilegia el equilibrio como categoría analítica y la marginalidad queda reducida a una simple cuestión de desfase o disfuncionalidad. Los aspectos culturales, las pautas tradicionales versus las modernas, también aparecen entremezcladas en un planteo de oposición rural-urbano. La marginalidad es el resultado de la escasa integración de los migrantes rurales en las modernas ciudades latinoamericanas, de la deficiente asimilación de los patrones de comportamiento urbano-industriales. (cf. Kowarick, 1981, pp. 43).

La integración, afirma Kowarick, es asimismo un supuesto implícito del modelo, dado que incrementa la estabilidad del sistema social total al desmontar posibles conflictos, favoreciendo además la expansión económica al incorporar nuevos estamentos a los mercados de consumo de bienes y servicios. No obstante, podría decirse que el planteo es muy mecanicista; esto es, nada garantiza que la obligada búsqueda de mayor estabilidad y más población consumidora lleve necesariamente al sistema social a resolver el problema de la marginalidad.

La idea misma de dualidad estructural, entendida como contraste entre estructuras cuyas dinámicas son diferentes y autónomas escamotea la posibilidad de examinar el problema. El modelo no explicita los vínculos existentes entre el atraso y la modernidad, no contempla la presencia de formas de exclusión intrínsecas y necesarias al proceso de acumulación capitalista y que pudieron, en consecuencia, oponerse a la propuesta de integración formulada desde la Teoría de la Modernización. La marginalidad no es producto de la disfunción del sistema, sino más bien de las contradicciones propias de una sociedad capitalista de clases esencialmente orientada hacia la búsqueda de la mayor rentabilidad y la acumulación de capital. Es necesario comprenderla, no ya en términos de atraso, carencias o desajustes, sino a partir de las formas particulares de inserción de la población originadas en la dinámica concreta de creación del excedente económico.

El dualismo estructural es a la vez «evolucionista», en el sentido en que plantea la marginalidad como una fase atrasada, a superar por el crecimiento de la sociedad industrial. *Hermite et al.*: en un trabajo de reciente factura referido a la problemática de

las villas miseria en el conurbano bonaerense afirman: «El fundamento de estos planteos, (se refieren específicamente a G. Germani y O. Lewis) es claramente funcional-evolucionista. Desde esta perspectiva, las conductas, roles, valores que difieren de lo normativo estarían revelando desvíos o anomalías en virtud de la persistencia de pautas características de sociedades ubicadas en etapas evolutivas anteriores a la moderna. La «marginalidad» se explica, en definitiva, por el atraso en la evolución hacia una etapa superior prototípica, o bien por una evolución anómala -por así decirlo- y alteración de secuencias de subprocesos que eslabonan el paso de una sociedad a la otra... lo que da por resultado la producción de ciertas aberraciones, cual es el caso de la «marginalidad» en las sociedades subdesarrolladas de América Latina». (*Hermite et al.*, 1983, pp. 68).

MARGINALIDAD Y DEPENDENCIA

Hacia la década del 60 se incrementan en América Latina las investigaciones que, desde el marco analítico del Materialismo Histórico, abordan la temática del «subdesarrollo» en el Tercer Mundo, construyendo el paradigma de la llamada «Teoría de la Dependencia». Centran la discusión en torno a las condiciones históricas concretas en que las sociedades del subcontinente encaran su industrialización, señalando las diferencias existentes con el proceso de constitución del capitalismo europeo, que desde la «teoría de la modernización» se había tomado como modelo y meta.

El capitalismo de las que son hoy sociedades desarrolladas se expande en una primera etapa apelando en buena medida a la incorporación directa de nuevos obreros calificados o semicalificados. Es recién en un segundo momento en que el crecimiento se sustenta en la reconversión tecnológica que incrementa la productividad del trabajo pero a la vez genera pocos nuevos puestos laborales. Además, una vez desplazadas enormes masas de población rural, desarraigadas de sus condiciones de producción, los países europeos apelan al recurso de la emigración masiva, fundamentalmente hacia América. Estos mecanismos - renovación tecnológica paulatina, existencia de colonias de poblamiento - permitieron palear coyunturalmente el problema de la marginalidad derivada de la desocupación.

Desde un comienzo, los países latinoamericanos deben competir con la avanzada tecnología desarrollada en el Viejo Continente, además, ingresan al industrialismo más en función de las necesidades de inversión de los capitales externos que por propia vocación. La incorporación de tecnología avanzada se efectúa de manera distorsionada: algunas ramas industriales crecen mientras otras siguen produciendo a nivel casi artesanal. Las grandes empresas transnacionales, con elevada composición orgánica de capital, no generan

una demanda laboral acorde con la cantidad de viejas ocupaciones artesanales que desarticulan. Incluso, remesan a sus países de origen buena parte de las ganancias de modo que tampoco colaboran en la creación de un mercado local de capitales que garantice un crecimiento armónico y autosostenido de las economías sudamericanas. La orientación que sigue este proceso no es azarosa, muy por el contrario, el gran capital se beneficia de los desfases de precios y productividad que fomenta entre países centrales y periféricos.

Los teóricos de la Dependencia trabajan el nivel político, los condicionantes que hacen posible el dominio neocolonial de las metrópolis industriales sobre los países atrasados, dejando en cierto modo de lado el problema específico de la explotación de una clase social por otra, en el marco de un proceso acelerado de acumulación capitalista. Sin embargo, en tales condiciones, uno de los efectos catastróficos de la industrialización latinoamericana es la rápida aparición de la marginalidad urbana, fenómeno este que despierta el interés de los científicos, políticos y técnicos hasta el punto tal que se constituye en objeto privilegiado de estudio. En este contexto la problemática de la marginalidad, se traduce en términos de la funcionalidad o no de dicha población en las economías globales. Sobre este aspecto sólo habremos de referirnos brevemente a algunos conceptos desarrollados por José Nun en un conocido artículo, publicado en la Revista Latinoamericana de Sociología en 1969.

Marx afirma que en la sociedad capitalista están dados los mecanismos para el surgimiento y persistencia de una población excedente indefinidamente perpetuada, generada por el propio proceso productivo y útil a la acumulación en la medida en que: 1. optimiza la ocupación de la fuerza de trabajo en relación con ciclos económicos; 2. aporta a la baja de los salarios a través de la competencia que desata por los escasos puestos de trabajo. Como resultado del proceso económico, se forma un «Ejército Industrial de Reserva»¹⁸ totalmente funcional a la dinámica de acumulación. Resulta evidente que históricamente el capitalismo no logró en ninguna de sus etapas proveer pleno empleo. En el primer desarrollo industrial, Europa y los EEUU durante el siglo pasado, la emigración masiva de población facilitó una salida coyuntural. En la actualidad, y particularmente después de la Segunda Guerra Mundial, los mecanismos de seguridad social, (seguro de desempleo) y la concertación de clases con la mediación del Estado garantizan un buen nivel de ocupación junto con una elevada tasa de acumulación; al menos así fue hasta fines de los 60 en que la economía mundial realizaba un ciclo fuertemente expansivo. En los países periféricos no se pudo prácticamente nunca garantizar crecimiento económico con pleno empleo, de modo tal que el «ejército de reserva» ha sido, salvo

excepciones, particularmente grande.

Nun, retomando la problemática planteada por Marx, afirma que si bien en la etapa del Capitalismo Competitivo, el «ejército de reserva», cumplía una clara función dentro del sistema, hoy su número en América Latina es excesivamente grande, al punto tal que una variación en él no afecta el precio de los salarios. Las empresas monopólicas, de capitales transnacionales, con elevada composición orgánica destinan a salarios una cantidad relativamente baja de su inversión. En este sentido, en la relación con sus obreros maximizan más la permanencia y compromiso del obrero con la industria, (es la continuidad de la producción la que garantiza la acumulación) de modo tal que suelen pagar salarios considerablemente superiores a los ofrecidos en plaza. Una vez descartada la posibilidad siquiera remota de que la mayor parte de esta población excedente pueda ser incorporada alguna vez al aparato productivo industrial, y fijada la estrategia de las grandes empresas con respecto al salario sobre el eje de la permanencia más que el bajo sueldo, Nun deduce que buena parte del excedente de población no será ya ejército de reserva en el sentido fijado por Marx sino «población sobrante», a la que denomina «masa marginal», a-funcional al sistema o, incluso, disfuncional. En otros términos, en esta fase monopolista del capitalismo ya no habría compatibilidad entre procesos de acumulación y excedente de población, una clara manifestación de lo cual está constituida por las ingentes masas de población urbana en condiciones de extrema pobreza, sin perspectivas de incorporación al sistema.

Desde un punto de vista puramente intuitivo cuesta asimilar una afirmación como la de Nun, que llevada a sus últimas consecuencias significa por ejemplo que, si por arte de magia desapareciera de un plumazo ese 30 o 40% de población marginal, las economías latinoamericanas no sufrirían cambio alguno!

El planteo de Nun desató una intensa polémica que no es el caso reseñar aquí. Entre las críticas posibles Kowarick (op-cit) discrepa con Nun, minimizando las diferencias entre las fases monopolística y competitiva del capitalismo en la región: en ambas persisten las contradicciones entre capital y trabajo (esencia del sistema capitalista de producción), en ambas, el objetivo del capital es la búsqueda de la mayor ganancia. Kowarick discute asimismo, el planteo de Nun sobre el comportamiento de las empresas en relación al pago de salarios, obviamente este no es un dato sin importancia frente a que la empresa se muestre indiferente. Numerosas huelgas en el sector industrial más desarrollado que tienen por eje las mejoras salariales atestigian que los obreros disputan el precio de la fuerza de trabajo¹⁹.

Desde otro punto de vista, Adriana Marshall, cri-

tica el planteo de Nun a partir de un análisis referido a nuestro país donde contrasta el crecimiento de todos los sectores de la economía en las últimas décadas con el comportamiento de la población, (crecimiento natural, migraciones internas y externas) tratando de hechar alguna luz sobre la funcionalidad de los componentes del sector terciario, habitualmente asociados al origen de la marginalidad. Concluye que difícilmente se encuentren sectores realmente superfluos para el sistema. Vale decir, contraviniendo algunos enfoques teóricos en que se vincula marginalización social y económica con «sobre-terciarización», «sobre-urbanización», desocupación disfrazada o migraciones excesivas. A. Marshall muestra que en la Argentina ha existido cierta compatibilidad entre migraciones y crecimiento del aparato productivo. Dentro del sector terciario el fuerte crecimiento de salud, educación, finanzas, servicios, radiofonía, comunicaciones, empleados de comercio, etc. no engloba desocupación disfrazada. (A. Marshall, 1978, pp.83-84). Resulta asimismo funcional el crecimiento del empleo doméstico femenino que hace posible la incorporación de mujeres de otros sectores sociales al mercado laboral.

No obstante, podría criticarse la propuesta de la «masa marginal» desde un punto de vista más abarcador. Nun confunde dos cuestiones diferentes: escasas posibilidades de inserción en el aparato productivo capitalista con a-funcionalidad o dis-funcionalidad de la llamada población marginal. Esto, porque remite la acumulación únicamente a la explotación directa de la fuerza de trabajo en relaciones de producción mediadas por el salario, desconociendo la existencia de formas productivas no necesariamente capitalistas pero subordinadas al capitalismo dominante al que, de un modo u otro, transfieren sus excedentes. Tampoco considera Nun, los mecanismos de transferencia de excedente vinculados a la reproducción de los productores ²⁰ donde en buena medida los costos de producción de los trabajadores adultos corren por cuenta de las unidades domésticas. Es en el análisis de los complejos mecanismos de articulación entre Modos de Producción y formas de organización de la producción y de la reproducción de la fuerza de trabajo donde se hará visible la funcionalidad de la población marginal.

La articulación entre Modos de Producción no aporta nada nuevo si no se avanza más allá de las afirmaciones generales. Pero al menos nos permite sugerir que por debajo de los mecanismos que podamos observar, aquellos que nos llevan a ponderar la «racionalidad» o la «funcionalidad» de los comportamientos observados, deberemos siempre buscar los resortes de la transferencia de capital, siempre ocultos tras el variado ropaje con que se viste la acumulación originaria. Esto es, más allá de los mecanismos por los cuales una clase dominante capitalista se apropia, no sólo del

producto de la explotación directa de la clase trabajadora, sino también de gran parte del producto del trabajo organizado según formas no-capitalistas, importa destacar que esa apropiación es una constante, es además en este plano, donde debe buscarse la «racionalidad» de ciertas conductas que aparecen como estrategias libremente concebidas y ejecutadas por los individuos.

A modo de resumen podría citarse el intento de Luis Machado da Silva, (cap.4) de clasificar las diferentes propuestas relativas a la marginalidad en tres modelos típicos de interpretación:

1. constituido por aquellos enfoques que sitúan la investigación en el nivel del Modo de Producción, intentando aprehender las repercusiones que las relaciones capitalistas de producción ejercen sobre las estructuras de clases. Básicamente la economía urbana es concebida como cobijando dos fases del Modo de Producción Capitalista, «monopólica» y «competitiva». La expansión de la primera lleva al colapso a la segunda generando una creciente masa disfuncional.

2. da Silva agrupa aquellos enfoques que localizan el análisis en el nivel de la «organización técnica de la producción». Al igual que en el caso anterior aquí se identifican dos sectores económicos, uno moderno y el otro tradicional, el primero constituido por la mayor parte del sector secundario y los servicios básicos: el segundo por el sector artesanal, los servicios y el terciario en general.

3. los enfoques contenidos bajo este tercer modelo de análisis enfatizan el «proceso de modernización» remarcando sus aspectos socioculturales, vale decir, señalando la falta de integración, el desajuste campo-ciudad. Así, las favelas de Rio de Janeiro no son simplemente indicadores de la pobreza, sino que por definición, son receptáculos de la población no integrada. Desde un enfoque ecológico son consideradas como entidades, (Machado da Silva, 1971, cap.4).

Los tres modelos, si bien pertenecen a vertientes teóricas contrapuestas, el primero al Materialismo Histórico los restantes al Funcionalismo, presentan similitudes. Aparecen por ejemplo como evolucionistas unilineales en extremo, con un sesgo dualista más o menos explícito: «capitalismo monopólico versus capitalismo competitivo»; «sector moderno versus sector tradicional»; «patrones de conducta modernos versus tradicionales». Vale decir, aún partiendo del enfoque marxista, donde las estructuras explican la génesis y orientación de los procesos, se corre el riesgo de recaer en el callejón sin salida del dualismo estructural, en este caso no ya definiendo la población marginal por sus carencias, (de participación u organización), sino como la población que en deter-

minado estado del desarrollo capitalista ha dejado de ser funcional a la dinámica de la acumulación 21 .

LOS ESTUDIOS DE COMUNIDAD

Más allá de los modelos señalados en la ilustrativa categorización de Machado da Silva recientemente en nuestro país, en buena medida a través del aporte de antropólogos, 22 o de científicos sociales que adoptan sus técnicas de abordaje, una línea de investigación, de «microescala», que recupera la tradición etnográfica del «estudio de comunidades». Los estudios de este tipo, (M. Feijoo, 1983; S. Ramos, 1981; L. Bartolomé, 1982; Hermitte *et al.*, 1983; Jaume-Romero, 1983-84) retoman, y en ocasiones reformulan, una serie de categorías analíticas propias del funcionalismo: articulación social, redes de intercambio recíproco, estrategias adaptativas de subsistencia, pautas matriciales de organización familiar, etc. Por esta vía se ha podido avanzar considerablemente, aportando una visión fresca e inmediata de la vida cotidiana del poblador marginal enriqueciendo, con las técnicas antropológicas de abordaje, (entrevistas abiertas, observación participante, trabajo de campo prolongado), los clásicos estudios sociológicos basados mayormente en información secundaria. Se han efectuado excelentes «etnografías» aprovechando la más rica experiencia teórico-metodológica de los estudios de comunidad, enfatizando aspectos tales como: modos informales de organización social; contrastación entre patrones normativos de conducta y comportamientos reales; modos de apropiación y uso del habitat urbano; composición del ingreso y organización del presupuesto doméstico. Estos trabajos muchas veces preocupados por impugnar las propuestas del dualismo estructural orientan su esfuerzo a demostrar la existencia, en todos los planos, de mecanismos articuladores entre pobladores marginales y sociedad global. De este modo, analizan: redes sociales intra e extracomunitarias; los modos en que se impugnan, o al menos se cuestionan, los estereotipos que sobre los pobres construye la sociedad; la manipulación de las normas de legalidad y propiedad de la tierra.

No obstante, los estudios de este tipo trabajan casi exclusivamente sobre conductas observables, y si bien en ocasiones se propone un encuadre describiendo el contexto barrial o metropolitano, los macro-determinantes sociales, económicos y políticos no juegan papel alguno en el momento de explicar el por qué de la existencia de las poblaciones marginales. En todo caso, sabemos que las conductas manifestadas no pueden mostrarnos las leyes del sistema, que si bien se trata de un nivel descriptivo necesario y enriquecedor, se impone un replanteo teórico-metodológico que haga posible su incorporación en un modelo histórico es-

tructural más explicativo, donde esas conductas adquieran nuevos significados. (Ver: S. Torrado, 1982) Esta tarea está por hacerse, aquí sólo iremos adelantando algunas conjeturas, a modo de ilustración y con el único propósito de abrir la discusión.

SECTOR FORMAL Y SECTOR INFORMAL DE LA ECONOMÍA

El planteo dualista estructural de las sociedades subdesarrolladas se reinstala en el centro del análisis a través del enfoque de los llamados: «sector formal» y «sector informal» de la economía.

Sector informal es una categoría analítica inicialmente definida por Keith Hart un economista que trabaja desde comienzos de los 70 sobre economías africanas contemporáneas. Según el planteo de Hart (citado en L. Bartolomé, 1986, pp.23) las principales características de estos sectores serían aproximadamente las siguientes:

SECTOR INFORMAL:

1. fácil acceso;
2. basado en recursos locales;
3. propiedad familiar de las empresas;
4. operación a pequeña escala;
5. uso intensivo de la fuerza de trabajo y tecnología apta;
6. capacitación adquirida fuera del sistema educacional;
7. mercados no regulados y competitivos.

SECTOR FORMAL:

1. acceso difícil;
2. depende de insumos importados;
3. propiedad corporativa;
4. operación en gran escala;
5. utilización intensiva de capital y tecnología importada;
6. capacitación adquirida formalmente;
7. mercados protegidos por tarifas licencias de importación y de intercambio.

Sin embargo esta enumeración de rasgos no permite una clara distinción entre ambos sectores. Por ejemplo se confunden las esferas de producción y comercialización; además si bien es posible distinguir la gran empresa de la pequeña empresa, algunas de esta últimas también pueden integrar el sector formal. Por otra parte, no todo el sector informal se caracteriza por la pobreza, ni todo el sector formal está exento de ella. Quizás la crítica más importante que puede hacerse al planteo inicial de Hart es que nada dice respecto de las relaciones de producción mediante las que operan ambos sectores.

Keith Hart afirma que «la distinción entre oportunidades de ingreso formal o informal, se basa esencialmente en la distinción entre asalariado y auto-empleado». Sin embargo, esta distinción anula la posibilidad de que existan trabajadores remunerados por los operadores del sector informal, y en consecuen-

cia no constituye una base adecuada para el análisis del sector. Más aún, no nos provee de criterios para distinguir a los auto-empleados de los sectores formal e informal.

De modo alternativo es posible distinguir los sectores de la economía efectuando un listado de ocupaciones que caracterizan al sector informal, discriminando entre asalariado y auto-empleado, o, aún considerando el modo en que se insertan las actividades. Por ejemplo, un albañil puede pertenecer a uno u otro sector en tanto posea beneficios sociales y figure como ocupado en esa rama de la producción para los registros estatales, (estando en consecuencia protegido por la leyes), o todo lo contrario.

Rob Davies (*s/f fecha*) considera que «Una adecuada definición del sector informal debe reconocer que difiere del sector formal, porque representa un diferente Modo de Producción» El sector formal de la economía se caracteriza por 1. gran desarrollo de las fuerzas productivas; 2. los medios de producción pertenecen a una clase reducida y son operados por una clase trabajadora asalariada para beneficio de sus propietarios, 3. la división del trabajo se halla altamente desarrollada. Por el contrario, el sector informal, es mano de obra intensivo, los escasos medios de producción pertenecen a sus operadores, la división del trabajo es simple y horizontal. Desde este punto de vista formal, este sector subalterno no estaría caracterizado por elementos substanciales específicos sino por la FORMA en que se relacionan esos elementos dentro del sistema conjunto.

Rob Davies confiere al sector informal estatus de Modo de Producción, a nuestro entender no lo es por diversos motivos: 1. es internamente heterogéneo escondiendo diferentes tipos de relaciones de producción; 2. aparece como un conjunto heterodoxo de formas de organización del trabajo que en ningún momento histórico podrían haber constituido un Modo de Producción independiente.

En función de la información obtenida para la ciudad de Posadas pueden señalarse las siguientes formas de organización de la producción y la comercialización que integrarían este denominado «sector informal» de la economía: 1. *pequeña producción mercantil simple*: a. familias que fabrican comestibles para la venta callejera, b. formas itinerantes de comercio en pequeña escala, c. la propia venta de los productos fabricados en el hogar, u otros comprados en comercios mayoristas, todas ellas variantes del cuentapropismo; 2. *formas domésticas de producción para la autosubsistencia*: huertas, animales de gallinero; 3. *prestación de servicios personales* sin relación de dependencia, y en ocasiones pagados en especie: limpieza de jardines, lavado de vehículos, trabajo doméstico por horas, «changas» (que constituyen asi-

mismo formas de cuentapropismo); 4. *formas salariales de trabajo a destajo*: lavado y planchado de ropas en el propio domicilio, confección de prendas de vestir por tanto; 5. *formas en las que aparece la figura del salario directo únicamente*: trabajo doméstico mensualizado, trabajo en la industria de la construcción con remuneración semanal; 6. toda una serie de *actividades legales o semilegales de difícil categorización*: contrabando hormiga desde el Paraguay, apuestas ilegales, prostitución, formas de mendicidad, robo.

Así, más que hablar del sector informal como un Modo de Producción subordinado, cabe referirse a formas inversas de organización productiva que adoptan algunos elementos esenciales del capitalismo combinándolos con otras formas pre-capitalistas, recuperando en cierta medida tradiciones de contratación y organización técnica del trabajo que provienen, para el caso misionero, de Formaciones Sociales anteriores. En lugar de la situación polar: -sector formal versus sector informal- la economía aparece conformada por una especie de continuo que conduce desde la producción doméstica de subsistencia, no mediada por relaciones monetarias, donde no es posible muchas veces cuantificar el valor de lo producido, hasta formas esencialmente capitalistas que operan en «negro» recreando formas capitalistas más propias de fases históricas anteriores: trabajo domiciliario, trabajo a destajo, trabajo infantil²³. Algunas de las empresas del sector informal, o aquellas que están a medio camino de lo formal, alcanzan cierto poder de acumulación y transfieren valor a las empresas capitalistas del sector formal a las que proveen, a bajo precio, tanto *productos*: por ejemplo una fábrica de perchas instalada clandestinamente en la Villa miseria, que emplea mano de obra infantil en condiciones laborales de elevada peligrosidad, produciendo exclusivamente para una multinacional de alta costura: como *servicios*: empresas de limpieza donde se «blanquea» uno o dos empleados y se contrata a la mayoría en «negro». En este continuo, las empresas del sector formal también recurren a mecanismos de sobreexplotación a fin de incrementar su acumulación, así por ejemplo es común que un obrero de la construcción rote muchas veces de empresa en empresa, en ocasiones porque las obras y los contratos son a término. Si bien las empresas descuentan haberes jubilatorios que no aportan al Estado, en la mayoría de los casos no hay reclamos porque el obrero difícilmente reuna los años y comprobantes suficientes como para solicitar su jubilación; en los casos en que sí ocurre, la empresa paga al Estado, con mucho retraso y multa, sólo los haberes de ese individuo, pero luego de regatear y reconocer una relación de dependencia inferior a los años reales en que el obrero prestó servicio.

Rob Davies enumera una serie de mecanismos por

los cuales las actividades del sector informal favorecen al sector formal. La posibilidad de empleo informal otorga al sector el rol de seguridad social que no asume ni el Estado ni el sector formal; el ingreso relativamente seguro en el sector informal constituye una segunda vía para la baja salarial, especie de subsidio para el sector capitalista, vale decir, el empleo de reserva se autosustenta, no requiere un costoso sistema de seguridad social; los servicios y bienes baratos que hacen bajar el salario mínimo, produciendo incluso menor presión sindical por los salarios, constituyen una tercera forma. Concluye que para el sector capitalista, la opción más rentable es mantener al sector informal en su nivel adecuado, ni demasiado grande ni demasiado chico. Tanto en sociedades coloniales como neocoloniales, la esencia es la misma, el Modo de Producción Capitalista subordina a otros Modos de Producción, los que confluyen en el sector informal, no importando la forma político-institucional en que se articulen:

«En esencia, el papel del sector informal es incrementar el excedente realizado por el sector formal. Que ese excedente sea absorbido bajo la forma de acumulación capitalista ampliada, de un aumento del consumo por la élite, de un aumento de los beneficios expropiados por las empresas extranjeras, o de cualquier otra forma, dependerá de la naturaleza de la formación social particular que se analice» (Davies, s/d).

LA REPRODUCCION DE LOS PRODUCTORES

La temática de la reproducción de los agentes de producción es harto compleja, en el presente trabajo sólo nos referiremos a la reproducción social en términos de la organización de la producción, y no a la reproducción ideológico-jurídica de la población. (Borsotti, 1981; L. de Riz, 1973; C. Meillassoux, 1982).

La población, en la teoría económica clásica, aparece como una variable endógena al sistema; siguiendo la Ley de Malthus puede decirse que la oferta de trabajo determinará los niveles de población. Así, Smith y Ricardo preveen una adecuada relación entre oferta de mano de obra y necesidades de acumulación, sujeta únicamente a desfases temporales. La regulación es de orden biológico-demográfico.

La demografía, por su parte ofrece explicaciones incompletas, en la medida en que constituye más bien una técnica que una ciencia. Aún cuando se emplean variables externas, «explicativas», queda sin resolver el último por qué. Vale decir, mediante el recurso a niveles educativos, tipo de asentamiento, religión, ocupación de las mujeres, etc no se logra establecer una explicación adecuada del comportamiento

demográfico. La explicación más acabada se logrará descubriendo las leyes de población de cada Modo de Producción, considerando que el proceso poblacional está histórica y socialmente determinado. (L. de Riz, 1973, pp.8) Desde el marxismo, las leyes que regulan la población en una sociedad se vinculan con la estructura socioeconómica, vale decir, cada sociedad tendrá sus leyes demográficas particulares; por tanto no existe regulación biológica.

El proceso poblacional forma parte de algo más amplio que el proceso de reproducción de la fuerza de trabajo, que comprende no sólo el crecimiento de la población sino también la capacitación de los pobladores como fuerza laboral, (reproducción compleja) y la ubicación de la fuerza de trabajo en aquellos lugares donde se la ha de utilizar, (disponibilidad). Este conjunto de procesos y subprocesos implica entre otras cosas: nupcialidad, fecundidad, socialización, morbi-mortalidad, educación formal y no-formal, migraciones, ingresos y salidas de los mercados de trabajo, cambios de rama de ocupación, etc.

L. de Riz plantea la autonomía relativa de este proceso de reproducción de la fuerza de trabajo, en tanto no forma parte del proceso ideológico, ni del jurídico-político, ni del de circulación, ni, aún del proceso directo de producción. Esto último, en virtud de que la fuerza de trabajo es una mercancía muy especial, producida en un prolongado período de tiempo, en el marco de la economía doméstica, y no con el objeto de obtener plusvalía. Vale decir, la fuerza de trabajo se reproduce fuera del circuito capitalista de producción.

MODO DE PRODUCCION CAPITALISTA Y FORMA DOMESTICA DE PRODUCCION

En torno al concepto MDP (Modo Doméstico de Producción) se ha discutido mucho, (Sahlins, 1977; Meillassoux, 1978) pero quizás resulte exagerado asimilar la organización doméstica de la producción de bienes y servicios como un Modo de Producción más. Ello en mayor medida aún en las sociedades capitalistas actuales, donde la esfera doméstica prácticamente nunca constituye un circuito autónomo de producción, operando de manera subordinada en un sistema regido por las leyes de la producción y la reproducción capitalistas.

Sin embargo, esta ubicación subordinada no quiere decir que la esfera doméstica carezca de importancia, muy por el contrario, en el caso específico de la población marginal la esfera doméstica tiene a su cargo importantes funciones tanto productivas (autoproducción para consumo, producción de artefactos para la venta empleando exclusivamente fuerza de trabajo doméstica, etc.), como reproductivas, (crianza

de los futuros productores, sostenimiento de los productores, todo ello, muchas veces enteramente al margen de los ingresos provenientes del trabajo asalariado).

En los sectores medios de la población la esfera doméstica restringe su acción a lo mínimo, no obstante la crianza y socialización de los hijos sigue en gran medida constituyendo una tarea esencialmente doméstica, y sus funciones son transferidas a agencias o instituciones estatales o privadas: sistema previsional, escuelas y jardines de infantes, sistema de seguridad social, seguros de vida, escuelas especiales para discapacitados, sistemas mutualizados de recreación y vacaciones, etc. Incluso el confort de que se ven dotados los hogares de clase media minimiza las tareas domésticas en considerable medida. Entre la población marginal, por el contrario la esfera doméstica adquiere una importancia considerable, (o la retiene si consideráramos que la mayoría de los marginales urbanos vienen del sector del campesinado rural) en la medida en que las agencias estatales no llegan a incluirlos entre sus beneficiarios. Así, la ausencia de sistemas mutualizados de salud obliga al empleo de la medicina casera, o del alejado sistema hospitalario cuando no queda más opción; la no inclusión en el sistema previsional, condena a los ancianos a trabajar hasta muy avanzada edad y a depender exclusivamente de la ayuda familiar que pueda proveerle su parentela. La casi inexistente estructura de guarderías infantiles estatales, origina estrategias alternativas para el cuidado de los niños pequeños: quedan a cargo de otros hermanos, o de abuelos, o vecinos, en el caso en que sean las madres las principales proveedoras del sustento diario.

Por lo tanto, además de la reproducción del ciclo productivo, que compete al sistema global, debe resolverse el problema de la reproducción de los productores, que para el caso de la población marginal queda en buena medida a cargo de las células familiares. Se requiere en consecuencia, un cierto equilibrio entre sexos y edades, entre miembros productivos e improductivos. Obviamente no se trata de un equilibrio demográfico sino socioeconómico, vale decir, una vez establecidas las tendencias demográficas de la población marginal, (casamiento y maternidad precoz, numerosos hijos, elevada mortalidad infantil) que tienen que ver con las condiciones generales del Modo de Producción, los hogares así constituidos, deben resolver el problema de la reproducción de sus miembros. Equilibrio, significa garantizar una relación productores-no productores que asegure un ingreso mínimo al conjunto, teniendo en cuenta que difícilmente existan estructuras estatales que, distribuyendo recursos provenientes de los impuestos abonados por las empresas capitalistas, provean bienes o servicios. Los bajísimos salarios, la no inserción en el sistema pro-

ductivo capitalista asalariado, la intermitencia de la ocupación con prolongados períodos de desocupación, el gran tamaño de los hogares, todo ello lleva a la ampliación del período productivo de los individuos, tanto hacia la infancia cuanto hacia la vejez, y a la incorporación de mujeres a la producción. Por esta vía, gran parte de los costos de reproducción se ven trasladados a la esfera doméstica, y descontados de los costos capitalistas.

Desde este punto de vista, lanzar simultáneamente al campo productivo varios miembros del grupo doméstico no constituye simplemente una «estrategia», en el sentido de acciones individualmente desarrolladas para incrementar el nivel de subsistencia, sino imposiciones del sistema global, que obliga a estos sectores a insertarse en el sistema en condiciones de superexplotación, garantizando así, una tasa de acumulación originaria paralela a la tasa normal de explotación.

EL VALOR DE LA FUERZA DE TRABAJO

Siguiendo a Marx, Liliana de Riz, (1973) afirma que el valor de la Fuerza de trabajo se determina por tres componentes: 1. valor de los medios de vida para asegurar la subsistencia al trabajador, 2. valor de los medios de vida para los sustitutos, «hijos», 3. valor del aprendizaje, hasta tornar a un individuo en un agente de producción. El salario normal ha de incluir, en consecuencia, esos costos de reproducción, que si no se pagaran, terminarían por hacer desaparecer del mercado el trabajo humano en tanto mercancía ²⁴. Puede decirse entonces que la cantidad de fuerza de trabajo de un individuo, así como su valor, serán proporcionales al tiempo de trabajo empleado en su producción, incluyendo, la reproducción **probaclional**: mantenimiento de la unidad doméstica, hecho que incluye a los productores en estadios pre y pos productivos; y la reproducción compleja: que involucra el entrenamiento y calificación del productor.

Claude Meillassoux apunta el error de plantear la problemática del subdesarrollo en términos de intercambio desigual, dado que por esa vía se ocultan las relaciones concretas de explotación del trabajo ²⁵. Las explicaciones sobre Estados víctimas y Estados victimarios sirven para ver la transferencia de las ganancias pero no su generación. (Meillassoux C., 1978, pp.134-135). Durante el período colonial el reclutamiento forzado de mano de obra obligaba al Estado administrador a mantener una fuerza de cohesión, ahora, en la etapa pos-colonial, con el predominio de las relaciones sociales capitalistas, las empresas pagan un salario, pero sigue existiendo cohesión, represión y corrupción, elementos esenciales al funcionamiento del capitalismo dependiente que son

solventados por el Estado. Sueldos y represión son elementos esenciales al Modo de producción Capitalista. no formas extraeconómicas. Meillassoux encuentra imposible explicar el subdesarrollo mediante las leyes de la oferta y la demanda, aún la teoría de la plusvalía resulta insuficiente. Por tanto, propone re- usar los conceptos de salario y acumulación originaria. Encuentra la causa del subdesarrollo en la combinación de Modo de producción Capitalista y Modo de Producción doméstico, que permite al imperialismo transferir recursos hacia el sector capitalista. Este proceso de reproducción es para C.Meillassoux causa fundamental del subdesarrollo. Podría decirse, sin embargo, que entre las formas de generación del excedente, el trabajo asalariado, pagado en su precio normal, (explotación) o por debajo de ese precio, (sobrexplotación) es quizás la fuente principal. Paralelamente aparecen otros mecanismos que no se basan en el trabajo productivo capitalista, (es decir, el trabajo asalariado que en parte es capitalizable) pero que igualmente generan excedente: por ej. el MDP que abarata el trabajo necesario para producir la fuerza de trabajo, y las formas de trabajo organizadas según relaciones de producción no capitalistas. El Modo de producción Capitalista articula esta otras formas productivas, limitándolas, subordinándolas pero permitiendo a la vez su permanencia, en la medida en que favorezcan sus intereses esenciales.

Meillassoux plantea la diferencia entre lo que denomina salario directo e indirecto. El primero constituido por el dinero entregado por el capitalista para compensar el simple gasto de energía efectuado por el obrero, calculado estrictamente en función de las horas de trabajo; el segundo, no pagado directamente por el capitalista individual, sino por un ente institucionalizado, (habitualmente el Estado) y calculado independientemente de las horas trabajadas, en función de la composición familiar, destinado a afrontar la reproducción doméstica de los productores. Este segundo salario es convertido en consumo no en capital.

En los países subdesarrollados, donde el obrero, excepto en los casos en que trabaje en el denominado «sector formal de la economía», recibe un salario por sus horas de trabajo que sólo compensa su esfuerzo directo, y donde, todos aquellos productores encuadrados en otras formas productivas no totalmente capitalistas, tampoco reciben atención de las agencias estatales de seguridad social, la reproducción y el mantenimiento de la fuerza de trabajo no están asegurados en la esfera de la producción capitalista sino remitidos necesariamente a la esfera doméstica. Es así que Meillassoux considera que en alguna medida la «acumulación originaria», que Marx conceptualizaba como los mecanismos por los que el capitalismo transfirió recursos desde Modos de Producción preexisten-

tes hasta tanto organizó sus propias relaciones de producción y pudo garantizar la acumulación sostenida, constituye un proceso que aún continúa en la medida en que se expropiaban campesinos, se labran nuevas tierras, o se destruyen otras formas productivas pre-capitalistas. Tanto el éxodo rural-urbano, como el trabajo infantil o las migraciones temporarias aportan al Modo de Producción Capitalista mano de obra productiva sin costo alguno: su reproducción ha tenido lugar fuera de la esfera capitalista. En este sentido el Modo de Producción Capitalista se cuida de conservar al campesino parcelario latinoamericano en la medida en que se abarata su reproducción y produce para el capital de forma tanto directa como indirecta: «...de manera general, cuando un trabajador está comprometido simultáneamente en la agricultura de subsistencia y en un trabajo remunerado del sector capitalista, produce a la vez una renta en trabajo y una plusvalía. La primera procede de la transferencia gratuita de una fuerza de trabajo producida en la economía doméstica hacia el sector de producción capitalista, la otra de la explotación de la fuerza de trabajo del trabajador comprada por el capitalista.»(Meillassoux, 1978, pp.163)

ESTRATEGIAS DE SUBSISTENCIA: LAS REDES DE INTERCAMBIO RECIPROCO

En los estudios de comunidad el recorte ecológico-residencial de la población marginal facilita el estudio de las redes de intercambio recíproco, que siguiendo las líneas del parentesco, la amistad o la vecindad, dan sustento a la trama social intracomunitaria. Desde este punto de vista, la detección, seguimiento y caracterización de estas redes sociales, ha servido fundamentalmente como elemento de prueba para: 1. demostrar la existencia, en la poblacional marginal, de niveles suprafamiliares de organización, y, 2. como mecanismos que permitirían explicar la supervivencia de aquellos grupos domésticos cuyos ingresos no alcanzan el nivel mínimo de supervivencia biológica. Cuando el examen de las redes sociales se hace extensivo a las que los pobladores marginales establecen con individuos externos a la comunidad, como ser patrones, médicos, políticos, el mecanismo permite visualizar las formas de articulación de la población con los otros estratos de la sociedad.

Al respecto, y en base a los datos de campo obtenidos en la ciudad de Posadas cabe puntualizar lo siguiente:

Veíamos que ante la ausencia de Instituciones estatales, (que en los países desarrollados constituyen formas indirectas de salario, que administran los Estados pero que financian las empresas con el pago de sus impuestos), como guarderías, asilos de ancianos, seguro

de desempleo, obras sociales, jubilaciones, escuelas para discapacitados, etc. la esfera doméstica es la encargada de afrontar esas tareas a fin de sostener a los individuos pre y post productores, y a los no productores por razones de salud. Las redes sociales, el parentesco extenso, y su ampliación por el parentesco ritual son en ese sentido absolutamente funcionales para cumplir esas tareas indispensables para el sostenimiento del grupo. Vale decir, la esfera doméstica asume entre los pobladores marginales tareas esenciales a la reproducción social, que disminuyen ese costo de reproducción, estructurando a ese fin amplias redes de reciprocidad.

Sin embargo, la existencia de relaciones de reciprocidad generalizada no implica sostener que el «asentamiento» marginal constituye una unidad donde el flujo total de recursos que ingresa se socializa y consume en condiciones de absoluta igualdad. Muy por el contrario el asentamiento constituye una unidad residencial, en ocasiones bien delimitada, y para algunos aspectos es asimismo una unidad interactiva, pero a la vez se ve fracturado internamente por la existencia de marcadas diferencias, socio-económicas y en determinadas circunstancias también «étnicas», que los pobladores utilizan como demarcadores sociales.

Los intercambios siguen canales bien definidos, aunque muy cambiantes, de acuerdo con la capacidad de cada uno para establecer y ampliar sus contactos, y diferentes, según los bienes o servicios que involucren. La relación de parentesco entre miembros de una red parece ser una condición primordial para garantizar un flujo continuado e importante de recursos. Aún entre parientes, los intercambios que hemos podido observar, a diferencia de lo señalado por L. Lomnitz para la ciudad de México, sólo alcanzan cierto equilibrio si se consideran simultáneamente varias generaciones. Esto es, las redes permiten que las unidades domésticas que perciben ingresos más elevados garanticen la supervivencia de aquellas unidades virtualmente carentes de fuerza de trabajo, y por tanto de ingresos. Ello implica que los hijos casados y en edad productiva sostendrán a los padres en edad pos-productiva, con la expectativa de ser a su vez mantenidos en la vejez por sus propios hijos.

En ocasiones se da a entender, que las redes de intercambio constituyen un mecanismo específico de este tipo de sectores sociales y que por tanto podrían operar como elemento caracterizador fundamental. No obstante, qué hay por detrás de la tendencia a conformar estructuras de red, entre los pobladores marginales?

Resulta obvio que estas redes de relaciones afectivo-instrumentales por donde circulan bienes y servicios, donde se establecen las alianzas, donde se localizan los conflictos, y, donde tiene lugar la má-

xima interacción social de estos sujetos, ocupa el lugar de otras formas institucionales más formalizadas, que en general no aparecen con asiduidad ni se sostienen fácilmente. Esta «solidaridad mecánica» parece predominar sobre formas más institucionalizadas de organización, y es lo que suele achacarse como falencia de las poblaciones marginales, esto es, como diría G. Germani, no existe organización por encima de la familia, y cuando se conforma alguna estructura sólo es temporal, para enfrentar situaciones críticas, desapareciendo junto con la causa que les dio vida.

Por de pronto, la existencia de una o varias redes que intervencian personas más allá de los lazos domésticos, si bien informalmente conformadas, muestran que existe, entre los pobladores marginales, capacidad de organización. Ahora bien, por qué el poblador deposita todos sus empeños en establecer redes de este tipo, volcando luego en ellas toda su confianza para la provisión de los recursos vitales. Creemos que estas redes son la forma más adecuada de resolver las cuestiones de la supervivencia cotidiana, aún aquellas situaciones críticas o inesperadas como la enfermedad y la muerte. Esto, en buena medida, porque el escaso monto de los intercambios, así como su cotidianeidad hacen imposible montar estructuras burocratizadas, difíciles de mantener. Las redes se organizan en derredor del marco normativo más «natural», el del parentesco. El parentesco, institución social por excelencia, al margen de los aspectos biológicos que conlleva, se flexibiliza incrementando su capacidad operativa a través de instituciones rituales como el compadrazgo, (bautismos, casamientos, agua de socorro, etc.) que permiten extender las alianzas. El ritual amplía el parentesco hacia individuos que se ven así sujetos a la estructura de prestaciones y reciprocidad que ello significa.

No obstante, otros sectores sociales incursionan en la conformación de redes: qué son las oligarquías, sino redes de pares, estructuradas en función de la conservación de privilegios. El rasgo definitorio, en el caso de la población marginal quizás radique en una cuestión de grado e importancia de esas redes; parecería que la condición límite en que sobreviven los pobladores marginales lleva a extremar el mecanismo de las redes como recurso de supervivencia. Podría postularse también que ello está fuertemente relacionado con el hecho de que es la estructura doméstica la encargada de resolver los complejos problemas de la reproducción de los productores.

El seguimiento de redes entre pobladores con características de marginalidad, nos muestra que habitualmente involucra hogares, que no constituyen unidades autosuficientes. Podríamos postular que *la mínima estructura económica autosuficiente estará constituida por una cierta red de parientes y algunos*

no parientes. Esta afirmación es demasiado fuerte como para que no vaya apoyada de un riguroso análisis y aporte de pruebas. Pero lo cierto es que permitiría justificar la presencia de «redes desde un punto de vista más estructural, no como producto de conductas observables, de estrategias concientes establecidas por los individuos, sino como necesidad objetiva determinada por el sistema social en su conjunto que condena a sectores importantes de la población a cargar con los costos de reproducción de los productores.

Desde este punto de vista, la producción de alimentos destinada al autoconsumo no sólo constituye el traslado al ámbito urbano de pautas culturales de origen rural, sino que es también un mecanismo doméstico por el cual se produce una parte de los productos de la subsistencia que los ingresos laborales no garantizan ²⁵.

De igual modo, la notoria rapidez con que se entra y sale de los mercados laborales tanto formales como informales, más allá de la expectativa explícitamente formulada por los informantes de aspirar a un «trabajo fijo» ²⁷ puede asociarse con diversas circunstancias: ciclos económicos recesivos, pautas culturales, modalidades actitudinales de trabajo, etc. que determinan que habitualmente ese trabajo fijo sólo se conserve durante cortos períodos. Así difícilmente algunos pobladores marginales alcanzan a completar los aportes y trámites necesarios para lograr una jubilación, debiendo recaer en la estructura de parentesco la obligación de mantenerlos una vez superado el período productivo.

De igual modo las estrategias adaptativas que las unidades domésticas montan en el plano ocupacional: trabajo femenino, incorporación al trabajo de mujeres y niños, más de una ocupación por individuo, aceptación de contratos laborales que implican pagos en especie, etc. puede ser analizada como producto de esa misma obligación impuesta por el sistema de no financiar los costos de reproducción de los productores ²⁸. La prolongación de la jornada laboral, («cargas de los domingos, levantar la propia vivienda»); prolongación del período productivo, (trabajo infantil, no jubilación), incorporación del trabajo femenino (fuera del hogar, o dentro del mismo pero sin los elementos de confort que facilitan las tareas: necesidad de buscar el agua, de cocinar con leña, ausencia de artefactos electrodomésticos, tareas de producción para el autoconsumo etc.), volcado al mercado de trabajo de varios trabajadores por familia, todo conduce a bajar los costos de la fuerza de trabajo.

Esta dinámica de articulación de la organización doméstica de la producción y la reproducción de los trabajadores en el proceso capitalista de acumulación requiere de mecanismos específicos que son analizados desde la óptica de la «adaptación» como el desa-

rollo de estrategias o pautas de comportamiento adecuadas al nuevo medio urbano. Desde el punto de vista del sistema global se trata de mecanismos necesarios a la dinámica de acumulación, debidos a especificidades locales o regionales que tienen que ver con cuestiones tan variadas como: características del pasado colonial, existencia de población campesina, modalidades de incursión del gran capital transnacional, experiencia política y gremial de los sectores populares, etc. Vale decir, con componentes específicos de cada Formación Social en un momento histórico concreto. Entre esos mecanismos que pone en juego la articulación lo doméstico en lo capitalista pueden citarse: movilidad geográfica, (traslado rural-urbano, interurbano, intraurbano); posibilidad de existencia de un circuito doméstico de producción, (autosubsistencia del campesino, producción para autoconsumo del villero urbano), flexibilización de los lazos jurídicamente establecidos de parentesco, (flia. matrifocal y otras formas de contratos matrimoniales particulares), alteración dentro de márgenes permitidos por el sistema, de principios jurídicos de propiedad de la tierra, (la permanencia tolerada en el espacio urbano en calidad de intrusos). Estas estrategias, llevan a veces a la redistribución de los hijos que son entregados a parientes o vecinos y aún a desconocidos, cuando las condiciones de mínimo equilibrio ingreso-insumo no se ven cubiertas. Por supuesto que el doloroso trauma de la separación se ve revestido de formas ideológico-rituales que lo disimulan: padrinzago, adopción, ayuda o compañía para los abuelos, etc. No obstante, lo que debe quedar claro, es que por detrás de estas «estrategias» que se observan y describen siempre están presentes las condiciones histórico-estructurales que las explican.

A modo de resumen podemos afirmar que, a partir de los enfoques de la marginalidad desde un modelo dualista se hacía imposible encontrar los mecanismos internos y necesarios a la sociedad que expliquen el surgimiento en su seno de formas de explotación y sobreexplotación del trabajo, una de cuyas manifestaciones fenoménicas es la masa de población marginal que se apiña en tugurios urbanos miserables, y cuya principal razón de ser deviene directa o indirectamente de la dinámica de acumulación del capital. Cualquiera sean los mecanismos observables de exclusión-marginalización, que siempre comportan elementos ideológicos, jurídicos, políticos, sociales y por supuesto económicos, por debajo de ellos, la transferencia de plusvalía es el rasgo esencial a no perder de vista. No obstante, desde el encuadre del Materialismo Histórico tampoco se profundizó demasiado en esos mecanismos de generación y transferencia de excedente. Las investigaciones recientes, vuelven a la microescala, al estudio de comunidades pero al aban-

donar el marco social global pierden toda posibilidad explicativa. Desde el planteo económico de los sectores formal e informal tampoco se supera una visión dual de la sociedad a no ser que la oposición se traduzca en términos de modos de Producción. Es necesario retomar las categorías del Materialismo Histórico, en donde la «marginalidad» es un agregado reciente y poco compatible, a fin de profundizar y reformular teorías sectoriales tan importantes como la del salario, la de acumulación originaria, la de la población. Más que hablar de marginalidad (que necesariamente instala la oposición dual con el resto de la formación social) debería definirse a los sujetos sociales en función de su inserción real (y compleja) en el aparato de producción y reproducción de la sociedad, en términos de propiedad-poseción de los medios de producción y de su capacidad de control técnico de la producción, dejando de lado los listados ponderados de atributos socioeconómicos constituidos en índice, o la articulación de conductas supuestamente racionales o adaptativas.

Marginalidad, tal como la conocemos en Amé-

rica Latina es un emergente del proceso de acumulación de capital que en su dinámica expansiva articula modos diferentes de producción y reproducción, adoptando formas productivas preexistentes (capitalistas o no) y generando nuevas formas, a veces precapitalistas, de organización de la producción. Desde esta óptica no caben los planteos duales: rural-urbano, monopólico-competitivo, tradición-modernidad, masa disfuncional-sistema global. La articulación de las partes dentro del todo es un axioma. En todo caso es aquel que sostiene planteos dualistas quien debería probar la coexistencia en el sistema de una masa considerable de población no articulada. Ahora bien, la articulación no debe únicamente remitir al plano superestructural, sino atender a los mecanismos específicos de explotación de la fuerza de trabajo, a las complejas relaciones de producción que el capitalismo dominante genera y ensambla. Un modelo de estas características escapa obviamente a los límites de la Antropología Social como disciplina, constituyéndose necesariamente en transdisciplinario.

NOTAS

- 1 El Departamento Capital incluye los municipios de Posadas y de Garupá, ambos, de población mayoritariamente urbana.
- 2 Quedaron fuera del universo de análisis los pobladores marginales de las zonas costeras afectados por el emprendimiento Yacyretá, así como aquellos pobladores en iguales condiciones de marginalidad que habitan, en carácter de intrusos, terrenos privados.
- 3 Se trata del barrio de emergencia conocido como «San Jorge» compuesto por unas 250 familias, y del asentamiento de Chacra 181, que agrupa en terrenos fiscales unas 300 familias.
- 4 El proyecto se denomina: «*Determinantes Estructurales y Estrategias Adaptativas en la Pobreza Urbana, Misiones*». (POBUR -PID 0259).
- 5 De acuerdo con el último Censo Nacional de Población y Viviendas tenía en 1980: 139-941 habitantes.
- 6 Censo Nacional de Población y Viviendas 1980. Serie B, Provincia de Misiones. INDEC, Buenos Aires, 1982.
- 7 Censo Nacional de Población y Viviendas 1980. op. cit, pp. XVIII.
- 8 Si tenemos en cuenta que, de acuerdo con el Censo Agropecuario de 1969, el 92% de los productores contaban con menos de 100 has., siendo el 62% poseedores de menos de 25 has.; y que no toda la tierra es cultivable, es posible imaginar hasta que punto es extremadamente labil la supervivencia del pequeño productor misionero.
- 9 Las afirmaciones vertidas en el documento son apenas preliminares y sólo tienen por objeto abrir la discusión. En la mayoría de los casos requieren de una mayor investigación empírica que las fundamente.
- 10 El Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, (INDEC) en una reciente publicación, apuntada a cuantificar la pobreza en el país en base a los datos del Censo 80 de Población y Viviendas, adopta una definición de pobreza en los siguientes términos: «*se considera pobre a quien no obtiene o no puede procurarse recursos suficientes para llevar una vida mínimamente decorosa, de acuerdo con los estándares implícitos en el estilo de vida predominante en la sociedad a la que pertenece*». La Pobreza en la Argentina, Buenos Aires, INDEC, 1984, pp. 9.

- 11 Ver, **Hobshawm Eric**, Pobreza, en la Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales.
- 12 Pobreza constituye una categoría analítica para los teóricos del Desarrollo, en cambio desde el Materialismo Histórico prácticamente no se la emplea.
- 13 Pobreza constituye una categoría analítica para los teóricos del Desarrollo, en cambio desde el Materialismo Histórico prácticamente no se la emplea.
- 14 No obstante, señala **Morse**, existían en Latinoamérica poblaciones urbanas en condiciones de marginalidad desde mucho tiempo antes. Las primeras favelas surgen en Río de Janeiro hacia 1890, en el México del siglo XVI la población indígena se aglomeraba en chozas y refugios como reserva de trabajo para las clases acaudaladas de la ciudad, (**Morse**, 1976, pp. 255-56).
- 15 Al respecto ver **Bartolomé Leopoldo**, 1986, op-cit, pp. 32 y ss.
- 16 **Quijano Obregon Anibal**, Notas sobre el concepto de la marginalidad social, Santiago de Chile, CEAL, pp. 17 (citado por **Kowarick**, 1981, pp. 43).
- 17 Ver **Talcott Parsons**, El Sistema Social. España, Alianza, 1984.
- 18 **Marx Carlos**, El capital, II, Cap. 6 (inédito), Buenos Aires, ed. SIGNOS, 1971.
- 19 **A. Canitrot**, señala para el caso argentino que, dada la relativa libertad con que los sectores industriales componen sus precios en relación al sector agropecuario, sujeto a los valores internacionales de sus productos; los empresarios industriales pueden conceder mejoras salariales, que trasladan luego al precio final de sus manufacturas, articulando de este modo una continua transferencia de recursos desde el sector agropecuario al industrial donde el capitalista se beneficia con un abaratamiento del costo de la fuerza de trabajo, dado el menor precio relativo de los alimentos. **Canitrot Adolfo**, Buenos Aires, Rev. Desarrollo Económico, N.º., 198.
- 20 Este tema, que desarrollamos con algún detalle más adelante, en buena medida ha sido planteado por **Claude Meillassoux**, en la 2da. parte de Mujeres, graneros y capitales.
- 21 El propio **Machado da Silva** hace suyo el planteo de **Nun** aceptando en consecuencia la falsa oposición entre «Formación Económica» y «masa marginal».
- 22 En este sentido el trabajo en cierto modo «clásico» de **Larizza Lomnitz**, «Cómo sobreviven los marginados» ha ejercido considerable influencia.
- 23 En la ciudad de Posadas hemos podido comprobar la presencia de pequeñas industrias clandestinas productoras de perchas, textiles, escobas, etc., que operan con trabajo femenino, e infantil en condiciones inhumanas, con pago a destajo.
- 24 No pretendemos aquí considerar la discusión en torno al elemento «histórico moral» que encierra el valor de la fuerza de trabajo, si se tiene en cuenta las condiciones históricas concretas en que tienen lugar la reproducción. Ver **Marx Carlos**. Libro I, Capítulo VI, (inédito) de El Capital. Buenos Aires, Ed. SIGNOS, 1971.
- 25 Ver **Liliana de Riz**, op.-cit, donde se discuten diferentes propuestas teóricas para explicar las marcadas diferencias entre los salarios pagados en los países centrales y en los periféricos.
- 26 En la muestra de hogares estudiada para la ciudad de Posadas, pudo ponderarse que la auto-producción de alimentos alcanzaba al 30% del presupuesto de la cuarta parte de los hogares, y que en el 10% de los casos constituía prácticamente el único ingreso.
- 27 En determinadas coyunturas el mercado informal resulta mucho más atractivo: cuando el sector formal efectúa pagos a destajo, la posibilidad de roturas, o de enfermedades, etc. hacen más seguros y constantes los ingresos informales; en países como el nuestro, con una elevada tasa de inflación mensual, el sector informal provee ingresos más fácilmente ajustables y, en consecuencia, más elevados.
- 28 La muestra examinada indicó un promedio de dos trabajadores por hogar, muy elevado si se tiene en cuenta que existen hogares unimembres y hogares donde no cuentan con trabajadores. No obstante, en promedio, los ingresos totales por unidad doméstica no alcanzaban el valor de un sueldo mínimo de ese momento.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Marshall Adriana, El mercado de trabajo en el capitalismo periférico. El caso de Argentina, (PISPAL-FLACSO), Santiago de Chile, ed. CLACSO. 1978
- Bartolome Leopoldo, La familia matrifocal en los sectores marginados. Desarrollo y Estrategias Adaptativas. Posadas, Arg., (mimeogr.). 1982.
- Bartolome Leopoldo, Pobreza y marginalidad en la Argentina. Posadas, Argentina CEAL, (en prensa). 1986.
- Borsotti Carlos, La organización Social de la Reproducción de los agentes sociales, las unidades familiares y sus estrategias. Buenos Aires, CENEP, cuaderno N° 23. 1981
- Canitrot Adolfo, Teoría y práctica del liberalismo. Política antiinflacionaria y apertura económica en la Argentina 1976-1981. Rev. Desarrollo Económico, V. 21, N° 82, jul-sep/81, pp. 131-189. 1981.
- Davies Rob, Sector Informal o Modo de Producción subordinado? Un Modelo. (En: Bromley y Gerry C. ed: Casual Work and poverty in Third World.) Traducción A. Gorosito.. s/d..
- de Riz Liliana y Leguina Joaquín, Informes sociales: la reproducción de la Fuerza de trabajo. Elementos para la elaboración del marco teórico del Proyecto. Santiago de Chile, Programa Intercambio. ELAS - CELADE - PROELCE, (mimeogra.). 1973.
- Feijoo María del Carmen, Buscando un techo., Familia y vivienda popular. Buenos Aires, CEDES. 1983.
- Germani Gino, El concepto de maginalidad. Buenos Aires, Fichas Nueva Visión. 1973.
- Hermite Esther, et al, Análisis sociocultural de dos comunidades del Gran Buenos Aires: impactos externos y autogestión. Buenos Aires, FLACSO, (informe inédito). 1983.
- Hobsbawn Erick J, Pobreza. En: Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales. Madrid, Aguilar. Tomo 8, pp. 289-93. 1976.
- Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, La pobreza en la Argentina, Buenos Aires, INDEC. 1984.
- Jaume Fernando, y ROMBO Marta, Estudio antropológico de las comunidades marginales del Departamento Capital de la provincia de Misiones: informes etapas I, II, III, IV, V. Posadas, Municipalidad de Posadas, (mimeogr.). 1983/84.
- Kowarick Lucio, Capitalismo e marginalidade na América Latina. Rio de Janeiro, Paz e Terra, 3ra. edic. 1981.
- Lewis, Oscar, Antropología de la Pobreza. México, FCE. 1970.
- Lomnitz Larizza A., de, Cómo sobreviven los marginados. México, ed. S'XXI, 8 va. ed. 1985.
- Machado da Silva Luiz A. Mercados metropolitanos de trabajo y marginalidad, (Diosertación de Maestría), Univ. / Fed. de Rio de Janeiro. Traduc. A. Gorosito Kramer, (mimeogr.). 1971.
- Marx Carlos, El Capital, Tomo I, cap. VI, (inédito), Buenos Aires, ed. Signos. 1971.
- Meillassoux Claude, Mujeres, graneros y capitales. México, ed. S'XXI. 1978.
- Morse Richard, Ciudades latinoamericanas: aspectos de su función y estructura. En: Germani G. (comp.) Urbanización, Desarrollo y Modernización, Buenos Aires, Paidós. 1976.
- Nun José, Superpoblación relativa, ejército de reserva y masa marginal. Rev. Latinoamericana de Sociología Vol. 2, Instituto Di Tella. 1969.

Parsons Talcott, *El Sistema Social*, España, ed. Alianza. 1984.

Ramos Silvina, *Las relaciones de parentesco y ayuda mutua en los sectores populares urbanos. Un estudio de caso*. Buenos Aires, CEDES, Vol. 4, N° 1. 1981.

Sahlins Marshall, *Economía de la Edad de Piedra*, Madrid, Akal. 1977.

Solari Aldo, *et al*, *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina*, México, ed. S'XXI. 1976.

Torrado Susana, *El enfoque de las estrategias familiares de vida en América Latina. Orientaciones Teórico-metodológicas*. Buenos Aires, Cuadernos del CEUR, N° 2. 1982.